

DE ARTE

LA GALERIA DEL 98

Un estudio de pintor que trabaja solitaria y obstinadamente. Un verdadero taller. Gran desorden de caballetes , lienzos , marcos, libros, frutas medio pasadas, jarros antiguos con flores frescas o marchitas, una fotografía arrugada de un retrato del Greco, otra de Goya ; y con alguna frecuencia, polvo en el suelo y polvo en los muebles; una tarima y sobre la tarima , una silla. Es el estudio del pintor Juan de Echevarria. Es el obrador del artesano que trabaja todas las horas de luz.

Por la tarima han desfilado unos cuantos escritores españoles, los del 98. Echevarria se ha propuesto a la ilustre generación. Van desfilado retratos: Azorín, sonrosado como un personaje flamenco, frente despejada y luminosa, puro marfil, ojos azules de cándida doncella del santoral, hermetismo de esfinge que no produce pavor. Ramiro de Maeztu: ¿será un gran actor representando a Hamlet ante la fosa del pobre York?. Y Ahora llega este gran D. Ramón”. Don Ramón de Valle-Inclán tiene dos retratos. Uno es D. Ramón astrólogo, brujo, alquimista, teósofo, tomador de drogas indias; otro, el cabecilla carlista D. Ramón María, el manco, un Montenegro, un Bradomín, gran señor siempre y gran cazador de liebres y doncellas. Dos estupendos y lujosos retratos.

Don Pío Baroja “hombre humilde y errante” llega luego. Mascara patética que ha hecho sudar al pintor. ¿Cuántos retratos le ha hecho Echevarria?. Lleva retratándole desde 1917. Cada estancia, corta o larga de D. Pío en Madrid supone un nuevo retrato por su pintor de cámara. Le trata como a los reyes. Y es que Don Pío es muy fácil de retratar para un pintor vulgar; difícilísimo y casi imposible para un pintor que busca en las facies los rasgos más profundos del espíritu. Si Echevarria no hubiera destruido los sucesivos retratos de D.Pío, tendríamos con ellos una preciosa y completa iconografía del autor de *La busca*. Nunca quedó satisfecho el pintor, pero menos el modelo. Baroja protesta de que todos sus retratistas hagan con él un Job ateo. ¡Hasta Bagaria le pinta triste!...Pero Echevarria que no es tan feroce como le pintan, se ha sentido en el último retrato galante con él y sus amigos; D. Pío está ahora conforme , y sus amigos también. Aparece junto al mar manso del otoño cantábrico, algo nostálgico, sonriente de media cara, grave de la otra media; así es también su obra, y, aunque a veces, el Baroja patético que antes pintara Echevarria nos parezca más profundo y conmovedor, este otro Baroja, acaso más literal, tiene la gracia y la claridad del D. Pío familiar que encontramos de tarde en tarde por las calles de Madrid y nos cuenta humorísticamente historias de los "chapelaundis" del Bidasoa. Bello retrato que es además un primor de técnica y refinamiento colorista.

Finalmente vienen aun dos retratos por terminar: D. Miguel de Unamuno, D. José María Salaverría. D. Miguel tiene la jeta dantesca: ¿es un condenado del infierno - condenado por pecado de ira -, o es Moisés rompiendo las tablas de la ley?. Trozo de pintura "expresionista", por el que corre algo así como el aliento encendido del formidable sinfonista barroco Alonso Berruguete. Don José María Salaverría aparece con atildado y pulcro pergeño británico. Algo misántropo, algo malhumorado. ¿Es un juez furibundo, un pietista desilusionado o un incansable buscador de los divinos espíritus del aire?.

Se le ha reprochado a Echevarria una cierta tendencia caricaturesca y aún denigratoria. Y lo cierto es que se ha perdido el sentido del retrato español. Quien recuerde el retrato de Quevedo por Murillo, el de Carlo II por Carreño, el de Góngora atribuido a Velázquez, y los , sin duda, los retratos de las figuras que aparecen en El entierro del Obispo o en el san pedro de Nolasco de Zurbarán ¿ no pensará acaso que estas figuras de escritores del 98 pertenecen a una tradición muy nacional?.

Con el triunfo en España de la pintura sin acento y relieve- puro lago superficial para uso de figurines-, hemos llegado los españoles a perder nuestra gran tradición de retratistas ; y cuando vemos a un pintor dispuesto a desentrañar a todo trance los rasgos profundos y verídicos de una personalidad humana, a crear plásticamente una vida verdadera , parece que nos asustamos de no ver a nuestro personaje con el último retoque de nuestro peluquero y en actitud de héroe de la cromolitografía antigua.

Los retratos de Juan de Echevarria- cuando se conozcan públicamente serán , sin duda, muy discutidos- tienen, entre otras virtudes, la de hacer pensar sobre el concepto del retrato y su desarrollo en la historia del arte; pero como no es este tema para tratarlo ligeramente al final de un artículo, esperaremos que Echevarria haga la exposición de sus obras, que promete para fines de mes, y entonces se presentara ocasión de estudiar atentamente los caracteres de esta fuerte y delicada personalidad artística y su concepto del retrato.

JUAN DE LA ENCINA- LA VOZ Madrid 15-1-1923